

## **Etapa 0. Mi casa – Doñinos de Salamanca**

*26 de enero de 2020*

Ya habían pasado ocho etapas, 140 km, y aún no estaba recorrida la que partía de mi puerta. Tampoco María Jesús formaba parte aún de mis acompañantes, así que la mañana de domingo era ideal para resolver ambos vacíos.

La salida hacia Doñinos está estrangulada por autovías, carreteras, rotondas y vías de tren. Es divertido buscar en el Maps caminos que te lleven hasta el pueblo sin atravesar muchas calzadas o raíles. Al final pasas por encima de la autovía, por debajo de una carretera, cruzas la vía, caminas por el borde de la trinchera del ferrocarril excavada en la pizarra y pisas hierba.

Resulta un paseo agradable y en dos horas nos estábamos comiendo un torrezno de Soria, muy rico, en el único bar que encontramos abierto. Después del vermú teníamos poco más de media hora para volver al Paseo de Canalejas. Nada, llamamos al taxi y ya está. Pero el taxista vive en Peñasolana, Carrascal de Barregas, y tenía sus propios planes. Había que hacer autostop.

Resulta extraño hasta escribir la palabra. Autostop. Dedo. De hecho, Manuel, el hijo de MJ, dieciséis años, nos preguntó si eso era legal cuando le contamos cómo habíamos llegado. Con el tiempo se ha ido convirtiendo en una práctica extraña, especialmente en ambientes urbanos o vías importantes. En carreteras secundarias tienes más posibilidades de que te recojan aunque circulen menos coches.

Todas las razones son entendibles. Desde que no quieres frenar o dar conversación hasta los problemas que puede acarrear transportar un extraño. El tipo de miedo que aparece en el momento de parar o no parar es como mi miedo a los perros. Estadísticamente nunca pasa nada. El porcentaje de atracos o mordiscos es ínfimo, pero no podemos evitar tenerlo presente.

Bueno, pero nosotros teníamos que estar en treinta minutos en casa. Porfiamos sobre si abordar a los coches que se pararan en el semáforo que hay a la salida del pueblo o hacerles la señal cuando estuvieran en marcha, cinco metros más allá. Preguntar a un conductor parado suele ser más eficaz pero es un poco violento: aunque prefiera no llevarte sufre de la indefensión de no tener más escapatoria que un no a poca distancia, siempre poco agradable. Si ya está circulando ni siquiera tiene que contestarte y decide sin presiones. La misma ligereza que tienes cuando en un largo pasillo del metro vas sopesando si dejar unas monedas en la gorra vuelta del saxofonista que está tocando concentrado en su tema. Muy distinto de la incomodidad que supone el asalto, cuando estás sentado en una terraza, de una tuna cantando Clavelitos mientras el de la pandereta te la acerca boca arriba para que le echés algo.

La forma elegida por MJ se mueve entre los dos métodos: al tiempo que levanta el pulgar de la mano derecha busca la mirada del conductor que aún no circula a mucha velocidad, ha arrancado del semáforo hace diez metros, y le dice con los labios “por favor, por favor...”. Paco, que así se llamaba el dueño del 4x4 que paró, nos contó después que no tuvo corazón para dejar a un lado aquella solicitud de auxilio.

También nos contó que la última vez que recogió a alguien en carretera vivió un momento tenso. Se trataba de un preso al que se le acababa el permiso penitenciario y le decía que no pensaba incorporarse a la prisión. No sucedió nada más pero Paco no estuvo tranquilo hasta que volvió a estar solo en su coche.

Andar es ir disfrutando de cada matiz del paisaje. Una tapia de piedra, una inclinación del terreno, unas rocas, ganado entre árboles, el horizonte cambiando sutilmente, un arroyo, una charca, una finca... Charlar con alguien a quien será difícil que vuelvas a ver es también recorrer un paisaje. Paco venía de tirar al plato, trabaja una finca con animales, le gusta caminar, le recomendamos la costa Vicentina, en Portugal, tiene tres hijos y parece feliz.